

*El chico
que soñaba
con ser
Gianni
Bugno*

Guillermo Ortiz

CONTRA

Dirección editorial: Didac Aparicio y Eduard Sancho

Diseño y maquetación: Endoradisseny

Ilustración de la cubierta: Montserrat Griera

Primera edición: Abril de 2020

© 2020, Contraediciones, S.L.

c/ Elisenda de Pinós, 22

08034 Barcelona

contra@contraediciones.com

www.editorialcontra.com

© 2020, Guillermo Ortiz

ISBN: 978-84-18282-01-0

Depósito Legal: B 5709-2020

Impreso en España por Liberdúplex

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de la propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual.

Para Álvaro y Javier

Prólogo
**La gran
belleza**

9

Capítulo uno
**Madrid era
una fiesta**

15

Capítulo dos
**A ambos lados
del paraíso**

39

Capítulo tres
**La ley
del desierto**

55

Capítulo cuatro
**La ley
del mar**

67

Capítulo cinco
**She drives me crazy
(like no one else)**

79

Capítulo seis
Achtung, Gianni!

95

Capítulo siete
Tender age in bloom

115

Capítulo ocho
Non è la RAI

129

Capítulo nueve
Black Hole Sun

149

Capítulo diez
Suzanne

163

Capítulo once
Javi
Borrascas

181

Capítulo doce
Coca-Cola
para todos

197

Capítulo trece
Bienvenidos
al club

213

Capítulo catorce
She thought
of cars

227

Capítulo quince
El hematocrito
de Pantani

249

Capítulo dieciséis
Los nuevos
hedonistas

259

Capítulo diecisiete
Verde, rojo
y blanco

277

Capítulo dieciocho
Orchard
Hotel

291

Capítulo diecinueve
San
Canuto

309

Capítulo veinte
Comme un
gran connard

323

La gran belleza

Es una tarde de julio de 1991. Cualquier tarde de la primera semana del Tour de Francia. Etapa llana; calor y familias en las cunetas celebrando un picnic. Puede que sea incluso domingo, qué más da: el día transcurre entre el sopor habitual, solo algún escarceo en alguna cuesta, corredores de segunda fila en busca de su momento de gloria. Estoy en casa de mis padres, tengo catorce años y una cierta tendencia al fatalismo. Al fatalismo adolescente y al fatalismo deportivo: todo aficionado español criado en la década de los ochenta se acostumbró al «no pudo ser» como forma de vida.

Ahora bien, que no pueda ser no quiere decir que no vayamos a intentarlo. Hace tres años de la victoria de Pedro Delgado y la adrenalina todavía acompaña las sobremesas. Acabó el colegio y queda Madrid en verano, con sus incertidumbres y sus improbabilidades. Una ciudad pensada para cualquier otro mes, cualquier otra estación. En el televisor los ataques se suceden sin mayor entusiasmo, casi como una rutina, un pasatiempo, hasta que Abdoujaparov o Van Poppel o Konyshev se jueguen el triunfo con su baile habitual de bicicletas.

En ocasiones, tengo la sensación de que está a punto de comenzar algo, pero no sé muy bien el qué. Soy tan malo con los principios como con los finales. Algo parecido a una promesa, a una canción de Paul McCartney. Algo distinto, que va más allá de la palabra «instituto». La felicidad, quizá, quién sabe. El fin del fatalismo o su continuación; un antes y un después. Empieza lo serio, lo puedo sentir en las camisas improbables de Parker Lewis o en la melancolía del «Set Adrift on Memory Bliss». La estética. Empieza la estética o, más bien, la definición de la estética, algo completamente irrelevante a los once, a los doce, a los trece años...

Empieza también el amor. O quizá debería escribirlo con mayúsculas, porque el amor de discoteca «light» y roce de manos en el cine ya venía de antes. Hablo del amor como gran objetivo vital, como medida de todas las cosas.

Ese soy yo: el adolescente que desea enamorarse pero que cree que no podrá conseguirlo nunca. El niño hombre que sigue escuchando la voz monótona y socarrona de Pedro González cuando de repente observa algo insólito y se incorpora en el sofá: uno de los favoritos ha atacado y el resto le deja ir. Es un momento mágico. El ciclista pedalea, pero parece no moverse. La sensación que queda al ver la imagen es que él está quieto y es todo lo demás —las familias, los arbustos, los manteles— lo que se mueve, como en una película de los años cincuenta. Está completamente acoplado a su bicicleta y no hay un solo gesto de sufrimiento en su rostro. No es solo elegancia, es belleza: es Gianni Bugno, sereno, gafas de sol cubriendo sus ojos claros, vestido con su maillot de campeón de Italia; ese verde, blanco y rojo recién ganado a Chioccioli y a Chiappucci.

Bugno y la calma como premisa. Una calma que parece contagiosa y que, quizá por eso, dura más de lo previsto mientras de fondo suena en bucle el «Apache» de los Shadows. Es un ataque algo gratuito, porque todos sabemos que no va a ningún lado, que tarde o temprano el Z-Peugeot de Greg LeMond o el propio Banesto de Delgado e Induráin saldrán a su encuentro, por no hablar de los equipos de los sprinters... Sin embargo, de momento, ahí lo dejan, como si quisieran mirarlo desde la distancia, estudiarlo, analizarlo, deleitarse antes de destruir la estampa.

Bugno en colores y la vida de espectadora. Cómo no enamorarse.

El resto es de sobras conocido. El italiano, llamado a ser el líder de su generación, se encontró con un Miguel Induráin que lo adelantó por la derecha y le condenó a una sucesión de segundos y terceros puestos, depresiones y visitas al psicólogo. No voy a decir que yo no disfrutara con los triunfos de Induráin, porque sería mentira, pero siempre había un punto de culpa en mis celebraciones: ganar a Bugno tenía algo de inmoral. Al fin y al cabo, Bugno perdía siempre, pero no porque le diera igual perder —ahí no había nada de estética en el italiano—, sino porque ganar implicaba demasiada responsabilidad, demasiados sacrificios para un hombre que creía que el talento bastaba para todo, que se podía ser Coppi, *il Campionissimo*, solo con que la prensa lo repitiera hasta la saciedad.

Para cuando Induráin ganó su tercer Tour y quedó claro que el palmarés de Gianni iba a limitarse a ese Giro de Italia de 1990 que ganó siendo *maglia rosa* de la primera a la última etapa, yo ya tenía dieciséis años y una lista propia de fracasos a mis espaldas. Me quedaba al menos el consuelo de jugar bonito, de *intentar* jugar bonito, aunque no

siempre lo consiguiera. Me quedaba quieto y el mundo pasaba detrás de mí, a veces a demasiada velocidad, tanta que no sabía cómo hacerlo parar. Disfrutar de Induráin era muy fácil, tan fácil que caí en la tentación varias veces. Sufrir con Bugno tenía algo de místico, de «elegido». La estética suele ir acompañada de pedantería y elitismo, y así era en mi caso.

Yo soñaba con ser Gianni Bugno por mucho que incluso Forges se burlara de él en sus viñetas de *El País*. Gianni en *ciclamino* en el Giro de 1994 mientras Telecinco nos intentaba vender compresores; Gianni doble campeón del mundo; Gianni en la épica de los *tifosi*, que le escribían en las laderas del Mortirolo «*Facci sognare, Gianni, facci sognare*», justo antes de que Gianni se quedara en el grupo trase-ro, pensando quizá en sus divorcios, en sus complejos. El hombre tranquilo convertido con el tiempo en un hombre atormentado. El adolescente convertido en adulto.

La vida mancha, dijo aquel, y a Bugno le dejó la cara llena de barro.

Con los años y con las derrotas, la leyenda de Bugno se hizo más fuerte, más creíble, más humana. Antes de retirarse, en 1998, se llevó una etapa de la Vuelta, majestuoso y solitario, llegando a Canfranc por delante de Santi Blanco, el llamado a ser el gran héroe romántico de la siguiente década. Tenía treinta y cuatro años y había acabado en esa farmacéutica que era el Mapei. De hecho, ya le habían sancionado dos años en 1994 por un positivo —aquellos años locos del doctor Conconi y sus discípulos Ferrari y Cecchini—, aunque había acabado cumpliendo solo dos meses.

Eso no cambió en absoluto mi visión de Bugno. Después de todo, al ciclismo hay que quererlo tal y como es; tal y como lo quería Anquetil, por ejemplo. Sin hipoc-

cresías. Querer el deporte como se niegan a quererlo los deportistas, siempre ofendidos. El mundo se hundía y nosotros nos enamorábamos. Los druidas repartían sus pociones y nosotros nos quedábamos mirando la imagen estática del héroe que solo sabía sufrir por dentro. El ciclismo empezó mucho antes y acabó después, pero ese día, esa escapada, esos quince minutos de belleza, quedarían para siempre.

Capítulo uno

***Madrid
era una
fiesta***

El ciclismo del niño no tiene nada que ver con la competición, sino con sus simulacros. Por ejemplo, yo podía reconocer perfectamente a Laurent Fignon, con su coleta y sus gafas de miope, ese aire a la vez retador y despistado, pero no tenía ni idea de que había ganado dos Tours con poco más de veinte años. De hecho, no sabía ni lo que era el Tour de Francia.

En un paseo con mi abuelo, conseguí que me comprara un sobre de cromos con la cara del francés como reclamo. Sería 1983, tal vez 1984. Daba igual que no tuviera el álbum: mi infancia por entonces consistía en aspirar a todos los cromos del mundo solo para poder decir «los tengo, son míos, son bonitos», sin pensar siquiera en la posible necesidad de intercambiarlos en el futuro. Lo que recuerdo de la colección es que se llamaba «trideporte», y eso me invita a pensar que había deportistas de otras dos especialidades, pero si alguna vez supe qué especialidades eran, sencillamente las he olvidado.

En aquellos tiempos —principios y mediados de los ochenta— el ciclismo vivía un esplendor social parecido al del baloncesto. España se abría a algo más que el cuero

y la patada. Mucho tuvo que ver en este fenómeno la emisión en directo de la Vuelta de 1983, la que ganó Bernard Hinault y en la que Marino Lejarreta se convirtió en el primer ganador en los Lagos de Covadonga. La combinación de ambas cosas en una memoria incierta hizo que durante años estuviera convencido de que aquella cima se llamaba «Los lagos de Hinault», sin poder concretar si en mi imaginación los lagos habían tomado el nombre como homenaje al campeón francés o si había sido el bretón el que había decidido ponerse apellido asturiano. Los aficionados a la música indie española saben que no fui el único al que le pasó algo parecido.

También ayudó que, un par de meses después, el equipo Reynolds deslumbrara en Francia y colocara a Ángel Arroyo como segundo clasificado del Tour, algo inédito en casi una década. En cualquier caso, yo no sabía quién era Ángel Arroyo. El nombre me sonaba vagamente solo porque mi mejor amigo se llamaba así. De aquellos inicios del ciclismo en los *mass media*, lo único que recuerdo con claridad es el hipnótico «Me estoy volviendo loco» de Azul y Negro, y la obsesión durante el resto de la década por repetir el éxito y convertir la canción de La Vuelta en la canción del verano: el «Conga» de Gloria Estefan (1987), el «Más y más» de La Unión (1989)... y varios intentos menos logrados.

El ciclismo era pop y entró en mi vida sin pasado. Nada de negra crisis de los setenta. Nada de historiografía. El KAS era el equipo de Sean Kelly y punto. El BIC era un bolígrafo, sin más. A los cromos le siguieron la fiebre de las pegatinas para las chapas. No creo que haya ningún niño crecido en los ochenta que no pidiera a su padre o a su madre «veinte duros para pegatinas» cada vez que le mandaban a comprar el periódico. Ahí estaban todos, en filas

de tres o cuatro, muchas veces repetidos: desde los citados Hinault, Fignon o Arroyo a los más desconocidos Eduardo Chozas, Enrique Aja, Pepe Recio...

Coleccionar pegatinas para chapas equivalía, lógicamente, a coleccionar chapas. Toda ocasión era buena y cualquier envase valía: Coca-Cola, Fanta, Trinaranjus, La Casera... una vez terminada la botella, se quitaba el tapón y se guardaba junto a los demás. Se le ponía dentro la cara del ciclista de turno y así ibas formando tu propio pelotón. Las carreras en el parque del barrio —que era por entonces un barrio de clase media trabajadora, casi en la periferia— se convirtieron en una costumbre diaria. Primero había que trazar el circuito, apartando la arena con las manos para dejar un espacio donde las chapas pudieran moverse a tobazos o haciéndolas girar con un dedo en vertical si tocaba una curva. Ahí se decidían Vueltas y Tours y lo que hiciera falta. Giros, no, porque el Giro no existía. Nadie, nunca, hablaba del Giro de Italia, tierra de bárbaros. Solo si Lejarreta conseguía un sexto puesto o así, pero en el parque los sextos puestos se celebraban lo justo.

Tener la mejor chapa, la más plana, la que el abridor hubiera tratado con más respeto, era hasta cierto punto una señal de estatus, de elegancia. A veces incluso jugaba con ellas en casa yo solo, una excelente manera de no perder nunca. Las ponía todas juntas en mi habitación y me limitaba a cerrar los ojos e ir formando pelotones al azar. «El señor de los abanicos». Los distintos grupos se iban segregando según hubiera decidido que la etapa era de montaña o debía resolverse al sprint. Después, apuntaba los resultados, las distancias, las clasificaciones...

Por supuesto, todos estos recuerdos están mezclados, pero esto no es una autobiografía. Puede que el cromo

de Fignon me impresionara a los siete años pero que lo de apuntar clasificaciones de chapas fuera algo más tardío, como la imagen que todavía hoy no se va de la cabeza: la imagen del perro que cruza por una calle de A Coruña en plena carrera, los frenazos, los ciclistas que intentan esquivarlo y van cayendo unos encima de otros.

Jaime Salvá y Ludo Loos llenos de sangre y evacuados al hospital. Aquellos planos repetidos mil veces en los telediarios, eclipsando todo lo demás. El drama y la aprensión: los cuerpos tirados, intentando asimilar el golpe; la angustia por levantarse y volver a coger la bicicleta cuanto antes... Cromos y sangre, eso era para mí el ciclismo, intercalado entre noticias de rearmamiento nuclear o de extraterrestres que llegaban a la Unión Soviética y se paseaban por sus parques. Mi madre y yo, en el sofá, esperando la siguiente entrega de *A la caza del tesoro*, como si bajar de un helicóptero en una selva fuera más fácil que cruzar una ciudad en bicicleta.

Lo que no recuerdo tan claramente es la emoción competitiva. Tal vez, de manera algo difusa, la Vuelta de 1984, rodeada hasta la última etapa por el empeño generalizado en que Eric Caritoux, por entonces un jovencísimo y desconocido francés, acabara cediendo sus segundos de ventaja a Alberto Fernández, el corredor del Zor que moriría poco después en un desgraciado accidente.

Fernández volaba por debajo de mi radar, imposible detectarlo. Pertenece a la vieja guardia, que se empezaba a ver desplazada no solo por Arroyo o Gorospe, sino también por Perico Delgado, sin duda el más locuaz, al que mejor se le daba llegar al espectador. Dentro de la Movida del ciclismo español de los ochenta, Delgado era Mecano: los especialistas le veían muchas pegas, sobre todo su

escasa capacidad de concentración y sufrimiento, pero los menos entendidos lo disfrutaban sin matices. Perico era también, en parte, un producto de fácil consumo para niños, con su propio videojuego de Erbe, pero a eso llegaremos más tarde. En aquella Vuelta de 1984, Delgado fue líder durante varias jornadas, pero se derrumbó en los Lagos y acabó sexto.

Eran los tiempos del Teka, del Orbea, del Zor, del Dormilón, del Hueso... Reimund Dietzen con aquel maillot de topos azules y blancos en los hombros, Peio Ruiz Cabes-tany vestido de un blanco celeste. Ante todo, el ciclismo era divertido y complejo. Divertido en lo inmediato: tal ataque, tal respuesta; tal ganador, tal derrotado... y complejo en el desarrollo a medio y largo plazo: clasificaciones cambiantes, cálculo de tiempos para la general, de puntos para la regularidad, una meta volante por aquí, un sprint intermedio por allá...

Tan atractivo en tantos aspectos, que los niños hablabamos de la etapa del día anterior en el autobús que nos llevaba al colegio cada mañana. Yo jugaba a ser Guillermo Arenas, Ángel jugaba a ser Arroyo, por supuesto, y los dos fingíamos pedalear en bicicletas invisibles mientras el resto de conversaciones giraban en torno a Kirk Cameron, de *Los problemas crecen*, o la última novia de David Summers. En la radio sonaba el «Walk like an Egyptian» de las Bangles.

En cualquier caso, la gran fecha de la época ciclista, el día que cambiaría la historia mediática de este deporte, estaba por llegar y tardaría todavía casi un año: el 11 de mayo de 1985.

Aquella Vuelta del 85 fue la primera de la que fui consciente: el enorme Miguel Induráin, destacando a los veinte años en el pelotón con su maillot amarillo y sus pobladas cejas; el hierático Sean Kelly, sus primeras victorias al sprint y su resistencia en la montaña. Kelly por aquella época estaba aún en el Skill, donde compartía galones con el propio Caritoux, y su presencia empezaba a fascinarme. ¿Por qué? No lo sé. Supongo que tiene que ver con el fatalismo, con su convencimiento año tras año de que iba a ganar una grande y el convencimiento del resto del mundo de que eso era imposible entre tanto colombiano y tanto español liándola en la montaña.

Aquella Vuelta de 1985 vio hasta cinco líderes distintos y multitud de aspirantes. El primero en vestir de amarillo —por entonces el jersey de líder era amarillo, pues era inconcebible que el liderato pudiera asociarse a otro color— fue el holandés Bert Oosterboch, un especialista en prólogos. A Oosterboch le siguió Induráin, y a Induráin le siguió Perico Delgado, después de quitarse la espinita del año anterior con un triunfo en Lagos. Delgado tenía veinticinco años, pero parecía mucho más joven, y aún tenía que quitarse de encima la etiqueta de «inconstante». Atacaba como loco en cualquier cuesta, y eso ponía al público de pie, pero en la siguiente etapa no era capaz de cogerle la rueda a nadie y se venía abajo, que fue exactamente lo que pasó camino de Alto Campoo.

Su sucesor en la general fue el atormentado Peio Ruiz Cabestany. Pensándolo ahora, desde una distancia de más de treinta años, lo cierto es que antes de enamorarme de Gianni Bugno, bien podría haberlo hecho de Cabestany. Compartían elegancia, extrañeza, un punto exótico, e incluso competían de manera similar: destacando en el llano

y la contrarreloj, y mostrando ciertas lagunas en la montaña. Cabestany cogió el amarillo y el equipo Orbea, que era el mismo que el de Delgado, prometió trabajar para él.

Cabestany tenía a su favor la contrarreloj de 43 kilómetros en Alcalá de Henares, pero tenía en contra las distintas llegadas en alto que aún quedaban por disputarse. Sin embargo, lo que le desbancó del liderato no fue una montaña ni una rueda lenticular —la última moda del momento—, sino la lluvia. La décima etapa salía de Sabiñánigo y llegaba a Tremp entre truenos, relámpagos y un terreno ideal para los ataques furtivos. Una etapa «rompepiernas» donde entre repecho y repecho, curva y contracurva, un grupo de once ciclistas logró distanciarse. Detrás se quedaron Delgado y Cabestany, pero también Caritoux, Gorospe, Belda y Dietzen. El grupo de delante empezó a coger ventaja y sus componentes decidieron colaborar para que la cosa siguiera así. Entre ellos estaba el máximo favorito para ganar la Vuelta, el escocés Robert Millar, que ya había sido cuarto en el Tour de Francia del año anterior y que ese mismo año se llevaría la prestigiosa Volta a Catalunya. Los compañeros de fuga de Millar no tenían nada de secundarios: el omnipresente Sean Kelly, el corajudo colombiano «Pacho» Rodríguez y su compatriota Fabio Parra, además de Ivan Ivanov, uno de los primeros soviéticos en participar en la Vuelta.

Cabestany parecía agotado y contra las cuerdas. Solo tenía a Delgado en el grupo, y Delgado hacía lo que podía, o simulaba hacerlo. La relación entre los dos se había deteriorado después de un ataque de Perico en Panticosa días antes. No sería el primer ni el último desencuentro entre dos corredores que acabaron odiándose. Empujado por la ayuda externa de los corredores del Fagor y los del

Panasonic, que no se jugaban nada más allá del acuerdo al que hubieran llegado con el Orbea, la ventaja pasó de tres minutos a treinta segundos. Suficiente como para que la Vuelta siguiera abierta, pero suficiente también para que Robert Millar se vistiera de amarillo.

Así pasaron los días con el escocés en lo alto, hasta que llegó la citada contrarreloj de Alcalá. Su mayor rival había pasado a ser Pacho Rodríguez, un nombre que a mí me parecía divertidísimo, aunque solo fuera porque mi tío se llamaba Pancho y aquello, a los ocho años, me parecía una coincidencia asombrosa. Pacho y Millar llegaron a la crono separados por trece segundos, después de las dos victorias consecutivas del colombiano en los Pirineos andorranos. Ninguno de los dos era un gran especialista, así que el que tuviera el mejor día tenía las de ganar. Aparte de ellos dos, Cabestany seguía pujante en la general, a menos de dos minutos, y al cuarto había que buscarle ya a más de cinco, el vizcaíno Julián Gorospe, el hombre que a punto estuvo de quitarle la Vuelta de 1983 a Hinault pero que acabó sucumbiendo en Serranillos.

«Sucumbir», que hermosa palabra. Qué lejana en la mente de un niño de ocho años. Todas estas construcciones sobre la infancia son por definición posteriores y esta misma Vuelta no deja de ser una construcción más. Sospecho que las contrarrelojes me daban igual o que ni siquiera tenía bien claro cómo podía ganar la etapa el último en cruzar la meta. Mi mundo era el de cualquier niño ochentero, un mundo de *La bola de cristal* aderezado por el punto cultureta de mi madre y mi abuela, empeñadas en robarme el *Un, dos, tres* los viernes por la noche para poner los debates de *La clave*.

Los domingos, para completar una formación un pe-

lín pedante, nos reuníamos para ver *El tiempo es oro* con nuestros tomos de la *Enciclopedia Larousse* a mano, los tres intentando descubrir antes que los concursantes las distintas pistas que Constantino Romero les iba dando. Sin éxito alguno, por supuesto.

En el colegio, discutíamos sobre la OTAN, aunque me temo que no era una discusión propiamente dicha, sino una manera de la profesora de reafirmarse en sus propias ideas. En nuestro referéndum de colegio Montessori, todos menos seis votamos no a la permanencia de España en la alianza atlántica. Mayoría aplastante. Quizá Miss Kim lo viera como un triunfo, pero a mí lo que me sorprendió de verdad fue que hubiera seis compañeros con la personalidad suficiente como para votar contra la opinión general. Me asustaba, incluso, la posibilidad de que ellos tuvieran razón y yo estuviera equivocado. No solo eso, sino que lo estuvieran mis padres, que lo estuviera todo mi entorno adulto de seguridad.

España estaba haciendo méritos. España se pasó más de una década haciendo méritos e intentando agradar y, de paso, se convirtió en una fiesta imprevisible («*a moveable feast*», que diría Hemingway). España, en pocas palabras, se infantilizó, que era algo que sin duda necesitaba, y al infantilizarse se volcó en el juego como se vuelca un niño. ¿Y dónde quedábamos los niños en todo esto? En el pódium, recibiendo besitos constantemente. Sí, también estaban los yonquis y sus juventudes truncadas, por supuesto. Carne de revisionismo en los años venideros. Ahora bien, en mi barrio de edificios uniformes y descampados de arena con vistas a la Nacional II, ser un niño era un privilegio sublime, la promesa de poder ser lo que quisieras y de serlo al día siguiente.

Era el nuestro un mundo sin dramas, o al menos así lo viví yo. Parchís y *Barrio Sésamo*. Mis padres se divorciaron cuando yo tenía cuatro años, mi madre estuvo a punto de morir meses después, había una niña que se llamaba Laura (uno de esos nombres que destrozan la vida de cualquiera como una plaga de langostas) que me daba abrazos y besos en los cumpleaños para después olvidarse de mí por completo... pero todo eso no lo asimilaría hasta muchos años después. A mí se me crió en la felicidad. Una felicidad ingenua, si se quiere, donde la realidad interfería de vez en cuando —sin ir más lejos, España siguió en la OTAN y ninguno acabamos de entender cómo—, pero molestaba lo justo. Una felicidad que no entendía de imposibles, una felicidad «Robert Millar», algo confiada, algo ilusa, algo soberbia.

Porque el caso es que el mejor de todos en aquella contrarreloj, como cabía esperar, fue Cabestany, pero lo fue a su manera trágica: pinchó dos veces, tuvo que cambiar de bicicleta y los jueces le sumaron por error un minuto a su resultado final. Una vez se corrigieron los números, solo había conseguido arañarle 37 segundos a Rodríguez y 40 a Millar. La euforia se apoderó del equipo Peugeot, que no dudó en celebrar el triunfo de su jefe de filas como un hecho. «Creo que he ganado la Vuelta», dijo el escocés, como si se lo acabara de confirmar una votación entre niños de ocho años. No tenía ni idea de la que le iba a venir encima en la siguiente etapa, la que acababa en Segovia, concretamente en las Destilerías DYC, el whisky del que abusaba mi padre, un hombre con pocos complejos y muy poca suerte.

Sobre esta etapa se ha escrito muchísimo y sigue sin haber consenso. Para los españoles, fue una hazaña de Perico. Para los británicos, sigue siendo un «atracó a mano

armada» al pobre Millar. Todos los que vivimos aquella etapa teníamos la plena conciencia de estar presenciando un momento histórico. No es que recuerde paso por paso todo lo que sucedió: el primer ataque de Recio, el posterior de Delgado, el desdén del equipo Peugeot, preocupado en vigilar a Cabestany y Rodríguez... pero sí el final, que es lo que cuenta: Perico en la línea de meta mirando nervioso el cronómetro, viendo cómo el tiempo pasa y se acerca a la diferencia que le separa del triunfo: exactamente 6 min 13 s.

Sin compañeros de equipo, Millar había empezado a tirar él solo del pelotón de favoritos en un esfuerzo inútil. Completamente agotado, se le fue incluso un grupo con Pino, Parra, Caritoux y Kelly, que llegó a 3 min 29 s. El escocés lo hizo a 6 min 50 s, treinta y siete segundos demasiado tarde. Nadie le dio un relevo durante kilómetros y kilómetros. Su director deportivo, Roland Berland, denunció una conspiración de españoles, empeñados en llevar lo de hacer méritos al extremo, y una sistemática falta de información con respecto a las referencias. «Para cuando supimos que nos llevaba siete minutos, ya era demasiado tarde», decía Berland apesadumbrado mientras Millar no dejaba de llorar. Delgado abundó en la idea: «Esta es una victoria de toda España»... y toda España se entregó automáticamente al «periquismo».

El ciclismo siempre tuvo una narrativa épica, y a esa narrativa se le unían ahora los hechos y la emoción del penalti en el último minuto: Hinault en el 83, Caritoux en el 84, Delgado en el 85, la sierra madrileña como el lugar donde cualquier cosa era posible. José María García, por

entonces al mando de los deportes de Antena 3 Radio, vio el filón y lo exprimió al máximo: conexiones cada hora con la carrera, conversaciones telefónicas constantes con los directores deportivos de los equipos españoles, que más parecían corresponsales de su cadena que otra cosa, y viaje en helicóptero al final de la etapa con el hombre más destacado del día...

De repente, la Vuelta empezó a resultar algo tan sugerente como una final de Copa con Schuster repartiendo cortes de manga. Tenía el inconveniente horario de que los niños llegábamos del colegio con el tiempo justo para ver los últimos kilómetros, poco más, pero no se disputaba en verano, como el Tour, y eso, paradójicamente, suponía una ventaja, porque el verano era para campamentos, vacaciones familiares, piscinas y balones de baloncesto que no conseguía hacer botar.

Nunca fui un ferviente practicante del ciclismo, lo que hasta cierto punto me convierte en un narrador sospechoso. La bicicleta llegó como algo natural, nada forzado, sin necesidad de recoger vales a lo Zipi y Zape. Llegó con cuatro ruedas y luego con dos, y llegó en una gran capital donde era inviable salir a dar una vuelta, como mucho a aquel parque de arena lleno de cristales rotos de la noche anterior, donde en ocasiones simulábamos alguna contrarreloj. Llegó también como recurso secundario ante otras prioridades. Lo primero era ganar el Mundial de México 86, y luego ya veríamos... o imaginar que un árbol era una canasta de baloncesto y tú eras Fernando Martín.

Igual que se dice que una vez que aprendes a montar en bicicleta ya no lo olvidas nunca, cabría decir que una vez que aprendes a montar torpemente en bicicleta, ya

lo harás con torpeza toda la vida. No fue mi entorno un entorno de apasionados de las bicis, ni siquiera de excursionistas de fin de semana a la Casa de Campo. Lo más que recuerdo, y sospecho que ya sería algo mayor —finales de los ochenta—, es una expedición familiar por Madrid que incluía unas cuestas horribles y un montón de coches circulando a pocos centímetros del manillar. Tan pocos que se me quitaron las ganas de repetir.

El ciclismo seguía siendo por tanto una cuestión de simulacros: además de las fotos de las chapas, se pusieron de moda unas barajas de cartas con los mejores corredores del momento y su peso, su estatura, su edad... un montón de detalles con los que no sabíamos qué teníamos que hacer exactamente. Ahí estaba, por ejemplo, Álvaro Pino, el eterno luchador. Pino corría con una cinta en la cabeza, como el propio Perico en ocasiones, y se había acostumbrado a vivir dentro de esa clase media en la que puedes ganar mucho o poco, pero nadie saca un videojuego con tu nombre.

De hecho, cuando empezó la Vuelta a España de 1986, que incluía visita al Casino de Torrelodones, donde Lola Flores y Luis Aragonés hacían estragos, Pino no estaba entre los favoritos a nada, como mucho a alguna victoria puntual de etapa. Por delante de él en los pronósticos, aparecía por supuesto Delgado, «fugado» al PDM en un caso insólito dentro de su generación; estaba Robert Millar, convencido de que ahora sí que nadie le iba a jugar una mala partida, y estaba mi querido Sean Kelly, en un nuevo intento de demostrar que valía para las carreras de tres semanas.

Además del año de la mano de Dios, 1986 fue también el año en que Laurent Fignon, aquella mítica figura que me había cruzado por casualidad en la primerísima in-

fancia, decidió preparar el Tour en España. El campeón francés había tenido multitud de problemas con las lesiones y con su propio equipo, el Renault, de manera que Cyril Guimard le había hecho uno casi a su medida, con el patrocinio de Système U, una cadena de supermercados, y la colaboración puntual de Pegaso, la marca de camiones con ciudad propia a las afueras de Madrid. A Fignon se le notaba algo torpón, sin su explosividad habitual, pero aun así acabó séptimo en la general, justo por detrás de Peio Ruiz Cabestany y Marino Lejarreta.

El ciclismo español había estado siempre condenado a fabricar reproducciones de Federico Martín Bahamontes, Julio Jiménez o José Manuel Fuente. Escaladores impenitentes con problemas en la contrarreloj. De manera algo sospechosa, eso cambió aquel año 1986, precisamente cuando los organizadores colocaron tres etapas contra el crono: dos llanas y una en subida al Naranco, que ganó Lejarreta. La primera de las llanas, en Valladolid, fue para el palmarés de Charly Mottet, compañero de equipo de Fignon y futuro rival cuando cambió al RMO.

Mottet era un hombre con clase, que no destacaba especialmente en nada pero que se movía con facilidad en todos los terrenos. Tal vez el mayor hito de su carrera fue el haber sido señalado por Willy Voet, el masajista del Festina al que pillaron en 1998 con toda la mandanga en la frontera entre Bélgica y Francia, como uno de los únicos dos corredores que conoció a lo largo de su carrera que nunca se doparon. El otro fue Éric Caritoux.

De los dos, solo Mottet consiguió permanecer en el mundo ciclista como colaborador del Tour durante años y organizador del Criterium du Dauphiné, una de las pruebas más prestigiosas del calendario francés. De Caritoux,

se sabe poco. No es hombre de focos ni entrevistas. Cultiva unas tierras al pie del Mont Ventoux y se dedica a comercializar vinos de todo tipo. Cuando le preguntan si no le gustaría ser comentarista o analista o director deportivo, sonríe y dice que eso no es para él, como si no se le diera del todo bien mirar hacia otro lado.

La crono de Valladolid sirvió para presenciar el hundimiento de Delgado y un extraño cambio de líder: Robert Millar, ganador en Lagos, cedía el amarillo a un sorprendente Álvaro Pino. Pino, que era de todo menos rodador, acabó la etapa en un magnífico quinto puesto, con 41 segundos de ventaja sobre el escocés, que quedaba a 33 en la general. El duelo entre ambos se prolongó hasta la última etapa, otra contrarreloj en Jerez de la Frontera. Pino llegaba con la ventaja intacta pese a los ataques de Millar en Sierra Nevada y con la confianza por las nubes. Aun así, había dudas, claro: Pino era un pésimo contrarrelojista y Millar podía defenderse en ese terreno... lo que nadie esperaba, desde luego, era que el gallego ganara la etapa. Un exceso.

Sobre esa victoria también se ha hablado mucho, insinuando incluso cierta ayuda de motos y helicópteros, como sucedió en el Giro de 1984, cuando los italianos le birlaron a Fignon la carrera para dársela a Francesco Moser. Probablemente, eso sea mucho decir, pero a Millar se le volvió a quedar cara de pasmo. Ahora en las filas del Panasonic, y con el inconfundible pendiente colgando de la oreja derecha, el escocés volvía a perder la Vuelta en la última etapa, y volvía a perderla contra un español. Aunque su carrera siguió a alto nivel durante muchísimos años, no volvió a luchar por una grande. En 1989 disfrutó de un último baile, ganando una de las etapas de los Pirineos del

Tour a su némesis Pedro Delgado. Cuando se retiró, decidió cambiar de género y hacerse llamar Philippa York.

Acabada la Vuelta de 1986, empezaba el largo verano de mundiales, Wimbledons y Tours de Francia, que a mí me pillaron, como casi siempre, incomunicado durante la primera quincena en un campamento de la sierra de Gredos donde no, tampoco nos hacían montar en bicicleta, sino que nos soltaban con un balón a jugar veinte contra veinte mientras un monitor británico gritaba «*potato!*» para que alguien le metiera a la pelota una patada hacia las nubes. Clementismo puro.

Aquellos campamentos se organizaban en colaboración con el ICONA y apenas teníamos contacto con el exterior. Podías bajar un día a la semana al pueblo más cercano para llamar a tus padres desde una cabina. Por supuesto, todos nos echábamos a llorar y ya no daba tiempo ni para comprar el *Marca*... Mi madre y mi abuela me informaban por carta de algunos resultados. Era una correspondencia algo extraña, del tipo «te queremos mucho, cuéntanos qué tal todo, cuídate, Boris Becker le ha ganado la final a Ivan Lendl y Perico no va como todos esperábamos».

A mí me costaba todo un mundo, porque yo podía ser un niño muy listo, incluso muy feliz, pero no necesariamente simpático, y un campamento no deja de ser un concurso de supervivencia. Procuraba pasar desapercibido y, como mucho, enseñaba a mis compañeros de tienda de campaña los cánticos de «México, mío amor» que prepararon los jugadores alemanes de fútbol antes de la final mundialista ante Argentina... para desesperación de la tienda de chicas que teníamos al lado y que solo pretendían dormir.

Cuando nos enseñaban el «mundo animal» o como fuera que lo llamaran, yo directamente desconectaba. Una vez, muchos años después, me dieron un diploma que decía: «Para Guillermo, por que un día encuentre un campamento donde no haya juegos». Y es que no, yo no era un tipo carismático ni divertido. No era un líder, y quizá por eso miraba con cierta admiración a los líderes del entorno: los que sacaban adelante referéndums ante la desaprobación general y los que se resistían a dejar de ser adorados por el público, como Pedro Delgado, como Bernard Hinault.

Y es que, incluso en aquel pueblo perdido de Ávila, Perico seguía siendo una estrella. El hecho de que estuviera corriendo para un equipo holandés nos daba una seguridad algo ridícula, como si nada malo te pudiera suceder vistiendo un maillot que pusiera PDM. Estábamos muy equivocados. Aunque en el Tour de ese año consiguió llevarse una etapa en los Pirineos, Delgado tuvo que retirarse subiendo la Croix de Fer al recibir la noticia de la muerte de su madre. Lo hizo entre lágrimas, completamente abatido, a pesar de que la familia le animaba a continuar para ver si podía aguantar su quinto puesto en la general. Al final, no pudo ni llegar a tiempo al entierro.

La carrera para entonces ya era solo cosa de dos, como el año anterior: el eterno Hinault y el aspirante Greg LeMond. Tras lo sucedido en 1985, cuando Tapie paró al estadounidense, lo lógico habría sido que LeMond se hubiera ido de La Vie Claire... pero LeMond, que era más listo que el hambre en la carretera, pecó en demasiadas ocasiones de una inocencia desoladora en los despachos. Hinault se declaró satisfecho con sus cinco Tours y mani-

festó públicamente que en su último año en activo dedicaría todas sus fuerzas a ayudar a su compañero de equipo a ganar en París. Sellaron el acuerdo con un apretón de manos, Tapie se llevó todas las portadas que quiso y todo el mundo hizo como si nada, como si no estuviera claro que bajo ningún concepto iba Hinault a renunciar a ganar seis Tours de Francia, y que, si tenía piernas, le iba a hacer la vida imposible a aquel chaval rubio y risueño.

Así fue. El californiano Greg LeMond empezó el Tour de 1986 convencido de que tenía el equipo a su lado, pero nada más lejos de la realidad. Aquel equipo seguía siendo el de Hinault, cuyo discurso recordaba al de los alienígenas de *Mars Attacks!* cuando destrozaban el planeta con sus naves mientras gritaban por los altavoces: «No huyáis, somos vuestros amigos». Hinault arrasó en la primera contrarreloj llana, organizó todo tipo de emboscadas y se exhibió en la primera etapa de montaña, la que llevaba a Pau, donde no solo consiguió el liderato, sino que abrió una diferencia abismal sobre su compañero de equipo, que transitaba por entonces a 5 min 20 s en la general.

Crecido por su liderato, que justificó como «un movimiento defensivo, porque pensé que Greg me seguiría fácilmente», Hinault quiso repetir al día siguiente y atacó ya en el descenso del primer puerto del día, camino de Superbagnères. Fue un movimiento tan innecesario como los que intentara contra Fignon en 1984. Probablemente, «el Tejón» tuviera dudas sobre su edad y sintiera la amenaza del cansancio acumulado, que casi le había hecho perder el Tour anterior en la última semana, pero aquello era tentar demasiado a la suerte. Quedaban más de cien kilómetros hasta la meta, iba de amarillo, tenía medio Tour en el bolsillo y le bastaba con seguir la rueda de un LeMond,

que, vistas las circunstancias, tenía imposible atacar a su propio compañero de equipo.

Pero no. Hinault tenía que ser Hinault hasta el final. Hinault tenía que ser leyenda, nunca se ha visto un hombre tan obsesionado por pasar a los libros de historia. Su ventaja fue creciendo y creciendo, imperial en las subidas y en los llanos... hasta que en el Peyresourde las piernas dejaron de funcionar. Una debacle en toda regla. La ventaja de minutos se quedó en nada y en el último puerto bebió de su propia medicina: apoyado por uno de los pocos corredores de La Vie Claire que le era fiel, Andy Hampsten, Greg LeMond lanzó un ataque demoledor que le llevó al triunfo de etapa y le dejó a pocos segundos del liderato.

Los niños nos lo pasábamos pipa con esos dos gallitos: la carrera había vuelto a cambiar, y en algún lugar Fignon sonreía mientras negaba con la cabeza. «Este tío nunca aprende.» Hinault volvió a justificar su acción como parte de un plan de equipo, pero por dentro se juró aguantar hasta el final. Seguía líder, estaba a siete etapas de su sexto Tour... y sabía lo que sabía todo el pelotón por el olor del *culotte* de LeMond: el americano estaba pasando por una gastroenteritis brutal que a cualquier otro le habría hecho abandonar la carrera. Si el Tejón conseguía aguantar la primera etapa de los Alpes, si se pegaba a la rueda de su rival, ¿quién sabe lo que podría pasar? Además, LeMond estaba de los nervios. Él mismo lo ha reconocido varias veces después: aquel Tour fue una sucesión de puñaladas traperas y pequeñas traiciones que lo tenían desconcertado. Nunca sabía cuándo un compañero de equipo iba a atacarle y quién estaría a su lado en ese momento.

Sin embargo, en la llegada al Granon, un coloso alpino desconocido hasta entonces, Hinault le puso fáciles las

cosas. Incapaz de responder al ataque de LeMond, tuvo que ver cómo al americano se le unía un suizo, Urs Zimmerman, del Carrera, y perdía tal minutada que no solo se le escapaba el liderato, sino incluso el segundo puesto. Eso sí, al día siguiente, en un nuevo descenso enloquecido, se fue hacia delante y nadie salió a su rueda, ganando pronto distancia rumbo a Alpe d'Huez.

LeMond no sabía qué hacer: ¿El ataque era contra él o contra Zimmerman? Públicamente, todos sabíamos qué iba a decir Hinault, pero no podía fiarse ni un pelo de aquel hombre. Por si acaso, mandó a Steve Bauer, otro compañero de equipo, hacia delante, y al ver a Zimmerman en apuros, él mismo lanzó su ataque en el llano. De repente, los tres hombres de La Vie Claire estaban en la cabeza de la carrera, una exhibición que siempre es sospechosa en un deporte como el ciclismo, con la única compañía de Peio Ruiz Cabestany, invitado de lujo.

Bauer tiró hasta donde pudo, Peio también acabó cediendo y, así, Hinault y LeMond quedaron solos para jugarse lo que tuvieran que jugarse subiendo el último puerto. En un acuerdo tácito —aunque LeMond asegura que siempre temió el ataque y que los relevos de Hinault eran exageradamente duros— los dos se respetaron para lograr el doblete en la cima y montar el paripé de llegar a la meta cogidos de la mano... la bicicleta del patrón, por supuesto, un poquito por delante, gesto que acepté con respeto porque yo, que simpatizaba más con LeMond, siempre he tenido un marcado sentido de la jerarquía.

Sonriente, como siempre para las fotos, el francés felicitó a su compañero, aún con el miedo en el cuerpo. Anquetil nunca pudo ganar un sexto Tour; tampoco pudo Merckx, golpeado en el estómago cuando iba de amarillo

en 1975. Hinault no sería una excepción. Acabar segundo en tu última temporada no era ningún deshonor, menos después de llevarte tres etapas y formar parte de un equipo que, venido de la nada o, más bien, de la chequera de Tapie —como el Olympique de Marsella de los noventa—, había colocado a tres corredores entre los cuatro primeros y cuatro en el top 7. Una exageración.

El Tejón se retiró oficialmente en el Campeonato de Mundo de Ruta, una competición que no se le había dado mal históricamente, con un título, una medalla de bronce y otros tres top 10. Aquel año, el horno no estaba para bollos. Hinault acabó en 59.^a posición, desfondado, disfrutando de los últimos aplausos, lejos del ganador, Moreno Argentín, y tramando maneras de volver al pódium del Tour cuanto antes para no bajarse nunca. Como he dicho antes, Hinault era un tipo al que era muy fácil admirar pero muy difícil querer. Además, al fin y al cabo, era el pasado y Le-Mond era el futuro, es decir, era nosotros. Si yo hubiera tenido posters en mi habitación, probablemente habría tenido uno suyo junto al de Perico. De hecho, ese mismo verano, el americano fichó por el PDM de Delgado... y con el fichaje llegó la desgracia en forma de accidente de caza. Tardaría tres años en acercarse a su nivel.

En cuanto a mí, también cambié de equipo, o de colegio, vaya, «dejé» a Laura y me llevé a Ángel de «gregario» para sentirme menos solo. La vida seguía siendo una fiesta, sin que nada invitara a pensar que lo fuera a dejar de ser en ningún momento. Pasaba las noches (algunas noches, las mejores noches) en garitos de Malasaña antes de cumplir los diez años y asistiendo a conciertos de mi tío con Joaquín Sabina en la Sala Elígeme. Antes de dormir, negociaba con Dios —con mi dios, vaya, o con quien fuera— que

todo siguiera como estaba y que mis abuelos, mis padres, yo mismo, viviéramos al menos ochenta años, cifra que me parecía lejanísima.

Ahí me di cuenta de que los dioses a veces se quedan cortos y a veces se les va la mano —mi bisabuela aguantó hasta los 103 y juntos veíamos las etapas del Giro mientras me contaba historias de su infancia en el México de Pancho Villa— y puede que, en general, surgiera algo parecido a la desconfianza. Ser un francotirador, un espíritu libre que canta rancheras por la noche tenía que suponer un precio a pagar. ¿Hasta qué punto? Pronto lo descubriría.